

JOSEP MARIA SUBIRACHS

# El arte y el deporte

Lo que diferencia al hombre del resto de los animales, no es el hecho de saber resolver problemas, cosa que ya hacen todos los demás seres, sino el de crearse necesidades. Precisamente dos de los ejemplos más representativos son el arte y el deporte.

No encontramos en los otros animales ni la más rudimentaria prueba de que ejerzan alguna actividad artística. Ni el nido, la telaraña o la colmena tienen nada que ver con el arte, ya que, para poder ser considerados como tales, les falta algo fundamental: el estilo. En lo que al deporte se refiere tampoco hallamos, fuera de nosotros, ninguna demostración de su práctica. Algunos ejercicios lúdicos de ciertos animales no pueden considerarse deportes; para ello les falta la competitividad y el espíritu de superación, condiciones indispensables de toda actividad deportiva. Así pues, lo que de verdad nos califica de humanos es el hecho de crearnos unos problemas añadidos, artificiales. Obras que, siendo en principio inútiles, son para nosotros de absoluta necesidad: como la Capilla Sixtina, "El Quijote", "Parsifal", la Pedrera o "Ciudadano Kane".

La emoción que estas obras maestras nos producen son en cierto modo equiparables, salvando naturalmente las consabidas diferencias, a la que nos proporcionan las proezas de Jessie Owens, Marc Spitz o Florence Griffith.

Es corriente considerar el arte como una práctica espiritual en oposición al deporte, exclusivamente dedicado al culto del cuerpo. Pero las cosas no son tan claras. La mente y el cuerpo, el intelecto y la materia, son conceptos difíciles de separar, como es imposible en nuestro mundo imaginar separados el tiempo y el espacio. Entre lo físico y lo metafísico, las fronteras son difíciles de delimitar. El arte necesita apoyarse en la materia para poder apuntar hacia sus metas superiores; los símbolos necesitan para ser visibles substancia tangible. La imbricación de los elementos complementarios es constante y vivificadora. El deporte por su lado, necesita al intelecto para lle-



JOAN CASAS

EN LOS ANIMALES  
no encontramos ni la más  
rudimentaria prueba  
de que puedan ejercer  
actividades artísticas

var a cabo, no ya únicamente las competiciones evidentemente cerebrales como el ajedrez, sino también cualquiera de sus especialidades, la utilización del intelecto para poder lograr unos resultados cada vez más difíciles y aparentemente insuperables.

Muchas veces el arte y el deporte han ido juntos: la pujante belleza que nos trasmite el esfuer-

zo armonioso de los atletas en el desarrollo de las pruebas, como también la titánica labor que algunos artistas tuvieron que hacer para llevar a término obras monumentales, hacen que el trabajo de ambos tenga aspectos gemelos que nos producen parecida admiración. Además, a lo largo de la historia, el artista ha dedicado en diversas ocasiones su obra al deporte. Desde el Auriga de Delfos, al atleta cósmico de Salvador Dalí; desde los misteriosos campos rituales de pelota mayas, hasta el estadio Flaminio de Pier Luige Nervi; desde las odas del poeta Píndaro, hasta la película de Hugh Hudson "Carros de Fuego"; desde el Discóbolo de Mirón, hasta el "Arco Iris" de Otto Pierre en el cielo de Munich; desde el Apoxiomenos de Lisipo, hasta la Puerta de la Paz en el Olympic Park de Seúl.

Por otra parte, la cantidad de imágenes que el deporte ha producido es inmensa. La cadena de los cinco anillos, creada por el mismo Pierre de Coubertin (restaurador de los Juegos Olímpicos de la era moderna), utilizada por primera vez en 1920, es aún hoy un diseño gráfico tan en boga, de una gran modernidad. Esto es extraordinario si pensamos que muchos de los diseños de aquella época llevaban todavía el estigma de finales de si-

glo con su heráldica retórica y cursi. Fue con motivo de los decimonovenos Juegos Olímpicos de México de 1968 que, bajo la dirección de Pedro Ramírez Vázquez y de Mathias Goeritz, se concibió el "Camino de la amistad" que conducía a la ciudad olímpica, a lo largo de la cual se instalaron 20 esculturas monumentales encargadas a artistas de diferentes países.

"El camino de la amistad" de México fue el inicio que culminaría el pasado año con el museo de escultura al aire libre del Olympic Park de Seúl, donde las obras de más de cien escultores de todo el mundo han quedado como recuerdo de la vigésimocuarta olimpiada de la era moderna y como testimonio, de cara al futuro, del esfuerzo que unos hombres y mujeres de finales del siglo XX hicieron en pro de la fraternidad y la paz y que, aunque alguien demagógicamente ha dicho lo contrario, contribuyen a alejar el peligro totalitario. ●

JOSEP MARIA SUBIRACHS  
Escultor